

No, no fue don Bruno Mauricio de Zavala, paseante de la imaginaria calle Sarandí que dibujaba con tirallanas el bueno de don Pedro Millán, más hijo de las matemáticas recreativas que de la loca imaginación. Un fuerte militar, una factoría canaria, un caserío abierto al viento, un retazo de campo recortado provisionalmente al grande paisaje siempre dispuesto a tragárselo, eso fue durante dos siglos esta ciudad de San Felipe y Santiago.

Durante ese lapso sus hijos vivieron al acecho de lo que venía de ese campo: malón de indios, ataque de contrabandistas, montoneros rebeldes, caudillos alzados, y de ese animal misterioso —ardiente, crudo, vivo— hablaban sus narradores, desde Magariños Cervantes con Carambá (1850), hasta Carlos Reyles con su arcaizante El gaucho Florido (1932). Se había



El Primer Montevideano

alcizado el siglo redondo, cuando empezaron a perderle el hipnótico miedo, y conjuntamente, el interés. Todavía algunos fechaban sus escritos en la "Toldería de Montevideo", pero eran niños recién venidos de París, como Roberto de las Carreras. Los otros se apercibieron pronto de que el animal misterioso, —ardiente, etc.— se había instalado en el patio interior de sus casas. Se llamaba Montevideo, y, a dos siglos de nacido, se dispusieron a hablar de él.

El 24 de julio hará treinta años de la muerte del primer montevideano, el primer narrador uruguayo consagrado totalmente a hablar de su ciudad, y no del pasado como Isidoro de María, sino de sus contemporáneos, de su problemas presentes, con una militancia política, ideológica, a tono con su tiempo y con realidades que entonces nacían y hoy son adul-

ta. Se llamó José Pedro Bellán y había nacido en 1899.

Fue maestro, periodista; fue ateo, batllista, diputado —Batlle y O'Leary lo llevó a la Cámara porque era un intelectual y porque lo estimaba— fue dramaturgo, novelista; fue un hombre bueno enfrentado con valor a algunos demonios particulares que encendieron para él una luna blanca y una luna negra; fue un buen escritor; fue por encima de todo, el primer montevideano entero de nuestra narrativa.

Vinculó dos promociones intelectuales: la del 900, en cuyo espíritu se formó publicando en 1911 su primer drama Amor y participando del fervoroso cenáculo de Bohemia, y la generación de 1925 de la que fue adelantado, muriendo cuando se la consagraba como generación del Centenario. Tipificó ese espíritu generoso, ese afán comprensivo y optimista que, arrancando del anarquismo de uñ Rafael Barret dio origen a lo que se ha llamado la piedad social batllista, tónica magisterial del primer tercio de nuestro siglo, cuando Montevideo era ese barrio apacible que vemos en los cuentos de Bellán.

Más conocido en su momento por sus obras dramáticas son ahora sus libros de cuentos los que sostienen un creador y una actitud humana, porque ya su "realismo proletario" no nos alarma como a Alberto Zum Felde y nos parece la condición de una limpia, sencilla, verdad literaria y humana. Por varias y precisas razones hoy puede recordarse su nombre, como adelantado de la literatura presente.

1º — Por su montevideanismo sensible que le permitió mostrar una realidad de calles, barrios, costumbres, seres humanos, con acento veraz y enamorado, resolviéndose con decisión por el criterio de que la realidad circundante más conocida es también novelable.

2º — Por haberse enfrentado con valor a los temas sexuales, incorporándolos a nuestra literatura sin gazmoñería ni alambicamientos preciosistas como en el 900: tanto en el "camino de toda carne" (Doñarramona) como en las perversiones (Los amores de Juan Rivault) o en las implicaciones espirituales de lo sexual (La realidad).

3º — Por haber sido capaz de una aproximación comprensiva del mundo de la infancia, sin temer mostrar una afectividad intensa (Civeta y Godoy. El primer dolor) y por haber rodeado algunas condiciones idealistas del alma juvenil (El alba, Remigio Stagnero), en un género temático que nuestras letras ignoran empecinadamente.

4º — Por haber comprendido, el primero, la nueva situación de la mujer en nuestra sociedad del XX, narrando sus primeros problemas (El pecado de Alejandra Leonard).

5º — Por haber observado sagazmente el funcionamiento de las nuevas creencias y potestades sobre nuestra vida ciudadana: la pugna naturaleza-religión en Doñarramona; la omnimoda imitación inglesa que caracterizó la tercera década en La inglesa; la transformación de las costumbres burguesas en El centinela muerto.

6º — Por la comunicación vivaz de su realismo menor, en que la prosa desmañada y las debilidades explicativas o sentimentales no destruyen la animación narrativa a la que el autor agrega una cálida presencia personal.

Por todo ello es hora de recobrar lo mejor de José Pedro Bellán como lección literaria viva dentro de nuestro presente literario.

ANGEL RAMA